

# LOPE DE VEGA: INFANTE DE MARINA Y POETA DEL MAR

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ  
Universidad de San Pablo-CEU



A Infantería de Marina española se precia, entre otras muchas cosas, de ser la más antigua entre todas las del mundo, y de haber contado en sus filas nada menos que con don Miguel de Cervantes Saavedra, el cénit de las letras españolas y el glorioso «manco de Lepanto».

Menos conocido o recordado es que en sus filas también sirvió, y en dos ocasiones, otro de nuestros grandes escritores, el llamado en su tiempo «fénix de los ingenios» y hasta «monstruo de la naturaleza» por su inmensa obra, es decir, el gran poeta y dramaturgo don Félix Lope de Vega y Carpio.

Y, como tendrá el lector ocasión de comprobar, tales servicios dejaron profunda huella en el escritor, que no sólo nos legó muchos recuerdos de las dos campañas en sus obras, sino que incorporó a ellas la temática y el lenguaje mariner, por no hablar de su poema épico *La Dragontea*, dedicado a celebrar la derrota final y muerte de aquel agobio para nuestras costas y buques que fue Sir Francis Drake.

## Sus campañas navales

Nacido en Madrid, entonces recién ascendida a capital de los inmensos reinos de Felipe II, el 25 de noviembre de 1562, y de padres originarios del Valle de Carriedo en Cantabria, el niño, y después joven Lope, pronto destacó por su afición a las letras y a distinguirse en ellas.

Pero aquellos eran unos tiempos en los que la pluma y la espada iban a menudo juntas, y el joven escritor se enroló en la expedición que, al mando de don Álvaro de Bazán, debía conquistar las Terceras, único foco de resistencia opuesto a la unión de los dos reinos, alentado por las injerencias de franceses e ingleses.

El gran Bazán ya había derrotado cumplidamente a la escuadra francesa de Strozzi el año anterior de 1582; ahora se requería completar las operaciones y

asentar definitivamente el dominio de Felipe II sobre los archipiélagos atlánticos portugueses, para lo que se preparó en Lisboa una gran expedición.

Así que, todavía con sólo veinte años, el joven y todavía imberbe Lope se embarcó en aquella expedición como soldado voluntario. En su obra *El galán escarmentado* pone en boca de uno de los personajes nada menos que la composición de la escuadra y el desarrollo de las operaciones:

«Del gran río de Lisboa  
las vísperas de aquel grande  
que Dios le puso este nombre  
y Juan sus dichosos padres,  
a quien cristianos y moros  
con tanto amor fiesta hacen,  
el Marqués de Santa Cruz  
con cinco galeones parte,  
treinta naos, doce galeras  
y doce armados patajes,  
dos galeazas, quince cebras,  
siete barcas chatas grandes,  
con catorce carabelas  
y con nueve mil infantes  
de bizarros españoles,  
italianos y alemanes;  
cuatro mil hombres de mar  
en faenas y balances,  
y cincuenta aventureros,  
señores particulares.

.....  
Haciendo que los soldados  
en los patajes se embarquen  
y con vientos por bolina  
se fue siguiendo el viaje  
hasta ver a San Miguel,  
isla entonces sin el Ángel.

.....  
Surge en la playa a pesar  
de sus cañones y hace  
que un soldado y un trompeta  
a los fuertes se acercasen

a publicar el perdón  
 que del Rey de España trae;  
 nos respondieron las piezas  
 de muros y baluartes.  
 Reconocióse la isla,  
 y con acuerdo bastante  
 por una ensenada y calas,  
 entra a seis de julio, un martes,  
 remolcando los barcones,  
 las pinazas y patajes  
 en que irían cuatro mil  
 y más quinientos infantes  
 de los tercios de don Lope  
 y de otros tres capitanes.  
 Entró, en efecto, el Marqués,  
 al tiempo que el alba sale,  
 llevando en su capitana  
 muchas personas notables;

.....

Ganóse la artillería,  
 San Sebastián luego dáse,  
 y a la ciudad de Angra vuelve  
 nuestro ejército triunfante,

.....

y quedando victoriosa  
 la gloria de los Bazanes» (1).

Por lo que hemos podido saber, las cifras que da Lope de embarcaciones son exactas y sólo redondeadas ligeramente las de soldados y marineros. Las «cebras» son claramente zabras, una embarcación menor de la época, típica del Cantábrico y originalmente un pesquero de altura, pero que por su ligereza se utilizaban en las escuadras como buques de exploración que darían lugar a las posteriores fragatas. Las siete chatas consta documentalmente que se construyeron para facilitar el desembarco (2).

(1) APUD ZAMORA, Vicente Alonso: *Lope de Vega*. Biblioteca Salvat de Grandes Biografías, Barcelona, 1985, pp. 41-42.

(2) CEREZO, Ricardo: *La conquista de la isla Tercera (1583)*, Revista de Historia Naval, n.º 3, de 1983, pp. 5-46.



Expedición a las Terceras. Véase la galeaza en primer término y el desembarco de las tropas. Sala de batallas de El Escorial.

Los primeros versos, algo enrevesados, hacen alusión a que la armada zarpó el 23 de junio, es decir, las vísperas de San Juan. El único jefe de tercio mencionado es don Lope de Figueroa, un gran jefe veterano de Lepanto, lo que nos hace pensar que fue en esta unidad donde su tocayo Lope de Vega prestó sus servicios. Por lo demás, desconocemos la participación concreta del joven escritor en los combates, que, sin ser destacada, debió de ser honrosa. El 15 de septiembre volvía la victoriosa expedición a Cádiz.

Cualquiera pensaría que el joven escritor, obligado a abrirse paso en su profesión, donde por entonces tantos brillaban, y de complicadísima vida sentimental, como es notorio, se dejaría en lo sucesivo de aventuras, pero lo cierto es que embarcó en la mal llamada «Armada Invencible» cinco años después, pues como dice:

«Ceñí en servicio de mi Rey la espada  
antes que el labio me ciñese el bozo  
que para la católica jornada  
no se excusaba generoso mozo...»

Tal vez no se refiera a sí mismo con estos versos, sino a su hermano menor, don Juan, que también se presentó voluntario y embarcó con él, pues ya Lope contaba con veinticinco años, demasiados para continuar lampiño.

En otro orden de cosas, típico de Lope fue dejar en tierra un corazón destrozado:

«De pechos sobre una torre  
que la mar combate y cerca,  
mirando las fuertes naves  
que se van a Inglaterra,  
las aguas crece Belisa,  
llorando lágrimas tiernas...»

Los dos hermanos formaban parte de la dotación del galeón *San Juan*, almiranta o nave del segundo jefe de la Armada, don Juan Martínez de Recalde, que fue uno de los buques que más y mejor combatió durante toda la campaña y, desde luego, el primero de los españoles en romper el fuego.

Pero Lope, en medio de los combates, aún encontró tiempo para escribir. Según afirma en el prólogo de *La hermosura de Angélica*: «Allí, pues, sobre las aguas, entre jarcias del galeón *San Juan* y las banderas del Rey Católico, escribí y traduje de Turpino estos pequeños cantos», y añade:

«Allí canté de Angélica y Medora  
desde el Catay a España la venida,  
sin que los ecos del metal sonoro  
y de las armas el furioso estruendo  
perdonasen mi Euterpe...»

Claro que el combate no admitía muchas distracciones y

«El arcabuz al hombro,  
volando en tacos del cañón violento  
los papeles de Filis por el viento...»

Es decir, que el poeta terminó por utilizar los borradores de sus poesías dedicadas a amores anteriores como tacos para cargar la artillería.

La suerte de la expedición fue ahora desdichada, y más para Lope, que perdió en la campaña a su hermano, no sabemos si por enfermedad o por fuego enemigo; en cualquier caso el baqueteado *San Juan*, lo mismo que la mayor parte de la Armada, pese a los mitos, consiguió regresar a España, con la desgracia añadida para Lope de ver morir al año siguiente a su madre, quien probablemente no pudo soportar a su avanzada edad la muerte del pequeño.

Aquella fue la segunda y última vez que embarcó como soldado de Marina el ilustre escritor, pero, como veremos, el recuerdo de ambas le acompañó toda su vida.

### *La Dragontea*

Unos años después recibió Lope la gran noticia de la derrota y muerte del corsario Drake, lo que le pareció una revancha por todas las penurias provocadas por el inglés, incluidas las personales y familiares.

Para comienzos de 1598, todavía con la noticia fresca para lo que era común en la época, tenía completada su *Dragontea*, nombre inspirado por el apellido del marino inglés, y que vio la luz, si es que no hubo una edición

LA DRAGONTEA  
DE LOPE DE VEGA  
CARPIO.

Al Príncipe nuestro Señor.



En Valécia por Pedro Patricio Mev. 1598

madrileña anterior, en Valencia, en la imprenta de Pedro Patricio Mev, en aquel mismo año.

En su dedicatoria al futuro Felipe III, pues su padre y antecesor en el trono murió aquel mismo año, Lope aclara sus propósitos al escribir el poema épico:

«Dos cosas me han obligado a escribir este libro, y las mismas a dirigirme a V. Alteza: la primera que no cubriese el olvido tan importante victoria, y la segunda que descubriese el desengaño lo que ignoraba el vulgo; que tuvo a Francisco Draque en tal predicamento, siendo la verdad que no tomó grano de oro que no le costase mucha sangre...»

El poema, escrito en octavas reales, es una narración de la última y desastrosa campaña del corsario inglés, en la que murieron él y

Hawkins, perdiendo así la Marina inglesa de entonces dos de sus hombres más notables en bien distintos aspectos (3).

La portada del libro es ya de por sí significativa: en ella un águila, que representa a España por ser el animal heráldico de los Austrias, abate a un dragón, con la leyenda: *Tandem Aquila Vincit*, algo así como «Por fin venció el águila».

La obra recoge con gran detalle las operaciones de la campaña, sin separarse apenas de la historia hoy reconocida y juzgada más serenamente, y en ella hace alarde Lope de su léxico mariner, por ejemplo describiendo el incendio de un buque:

«Arde el bauprés, mesana, árbol, trinquetes,  
como si fueran débiles tomizas,

(3) GONZÁLEZ-ARNAO CONDE-LUQUE, Mariano: *Derrota y muerte de Sir Francis Drake. A Coruña 1589-Portobelo 1596*. Xunta de Galicia, Servicio de Publicaciones, 1995. *La última expedición de Drake y Hawkins*, REVISTA GENERAL DE MARINA, enero-febrero de 2001, pp. 79-84.

coronas, aparejos, chafaldetes,  
velas, escotas, brazas, trozas, trizas,  
Brandales, racamentas, gallardetes,  
brioles, aflechates son cenizas,  
amantillos, bolinas y cajetas,  
estay, obencaduras y jarcías.

Ya del cabo del balde no se trata,  
porque desde la gavía hasta la quilla  
el añudado leño se desata,  
y el fuego hasta las bombas aportilla.  
Crece la luz, la llama se dilata,  
la aguja, la bitácora y la silla  
deja el piloto, viendo las estrellas  
del Norte en la menor de las centellas.»

Curiosamente, en 1935 y con motivo de la celebración del tercer centenario de la muerte de Lope de Vega, la obra se reeditó por el Museo Naval de Madrid, y hasta lujosamente, siguiendo la de la primera edición mencionada. El plan era muy ambicioso e incluía tres tomos:

Tomo I: reedición de *La Dragontea*, con prólogo del doctor don Gregorio Marañón.

Tomo II: repertorio de documentos existentes en las colecciones de Manuscritos del Museo Naval y que se refieren a las empresas del «Draque» contra España, entre 1568 y 1594 (aunque se prolonga hasta su muerte), a cargo de don Antonio Hernández Cid.

Tomo III: vocabulario marítimo de Lope de Vega en *La Dragontea*, a cargo de don Cástor Ibáñez de Aldecoa y de don Julio Guillén.

Los dos primeros salieron editados en piel y en número de 400 ejemplares, pero desgraciadamente el tercero nunca vio la luz por el estallido de nuestra Guerra Civil.

Parece que pasó el momento adecuado y ya nadie ha vuelto, que sepamos, a completar el proyecto y reeditarlos, del mismo modo que ha quedado en una cierta penumbra la faceta marinera del gran escritor.

Pero tal vez se pueda acometer ahora tarea tan hermosa y de tanto prestigio para la Armada, trabajo para el que ofrecemos nuestra colaboración en lo que valga.

### Otros poemas de ambiente marinero

No acaba con lo reseñado, como era de esperar, el registro de la obra de Lope de Vega en clave marinera; pongamos algunos ejemplos:

«Cadenas desherradas, eslabones  
tablas rotas del mar en sus riberas  
tronchadas astas de alabardas fieras  
reventados mosquetes y cañones,  
ruínas de combatidos torreones  
a cuya vista forma blancas eras  
el labrador, jirones de banderas  
abollados sangrientos morriones;  
jarcias, grillos, reliquias de estandartes,  
cárcel, mar, guerra, Argel, campaña y vientos  
muestran en tierra o templo suspendidas  
Y así mis versos en diversas partes,  
mi amor cautivo, el mar de mis tormentos  
y la guerra mortal de mis sentidos.»

La comparación de sí mismo con una nave es reiterada:

«Rota barquilla mía, que arrojada  
de tanta envidia y amistad fingida  
de mi paciencia por el mar regida  
con remos de mi pluma y de mi espada.

.....

Pues has pasado los mejores años,  
ya para lo que queda, pues es poco,  
ni temas a la mar ni esperes puerto.»

O la mucho más famosa:

«¡Pobre barquilla mía,  
entre peñascos rota,  
sin velas desvelada  
y entre las olas sola!  
¿Adónde vas perdida?  
¿Adónde dí, te engolfas?  
Que no hay deseos cuerdos  
con esperanzas locas.



Como las altas naves  
te apartas animosa  
de la vecina tierra,  
y al fiero mar te arrojas.»

Así podríamos seguir con innumerables ejemplos, pero creemos que con lo dicho ya es más que suficiente para probar la dedicación al mar, con la pluma y con la espada, de uno de nuestros mayores escritores de todos los tiempos.

Y ya quisieran los británicos, tan marineros ellos, poder decir lo mismo o la mitad sólo del gran William Shakespeare o de tantos otros.

